

## Sección Bibliográfica \*

A cargo de Óscar Uribe Villegas, de la Asociación Mexicana de Sociología

GEORGE RUDÉ: *The Crowd in History. A Study of Popular Disturbances in France and England (1730-1848)*. New Dimensions in History. Essays in Comparative History Series. Editor: Norman F. Cantor. John Wiley and Sons, Inc. New York. London, Sidney. 1964. páginas 274.

Frecuentemente se habla, en Sociología, del método comparativo. Y, con reiteración casi igual, se ponderan sus excelencias. Pocas veces se desciende, —con todo— de las declaraciones bien intencionadas y abstractas a la práctica modesta, concreta, pero indispensable, de dicho mé-

todo. Quizás provenga esto de que, con la mayor frecuencia, los estudiosos de la Sociología son, en más o en menos —pero casi siempre— profundos ignorantes en materia histórica. Durante este siglo, los sociólogos parecen haber estado librando una batalla para descubrir sus lagunas de preparación informativa y, para cubrirlas parecen haber descubierto, en efecto, el grado en que, sin ser enciclopédica su disciplina, requiere de enciclopédico conocimiento. De este modo, llegaron a reconocer que, sin confundirse con los estadísticos, necesitaban conocer Estadística y que, a través de ello, tenían —con urgencia— que llenar la laguna

\* Con vistas a una próxima reorganización de la Sección Bibliográfica de la *Revista Mexicana de Sociología*, se utilizan en este número algunas de las formas de presentación que se usarán en el futuro. Se pretende, en efecto, que, con el fin de cubrir el mayor número de publicaciones de interés directo para el sociólogo, se use: de la reseña extensa, parcialmente sintetizadora y parcialmente comentadora de un libro; de la nota conjunta que da noticia de la aparición de un cierto número de textos de interés; de la reproducción de algunos párrafos prefaciales de ciertas obras a través de las que los autores tratan de dar idea, al lector prospecto del contenido de su obra. La sección, en estos términos se concibe como sustituto de la visita que podría hacer a una librería el lector ávido, del hojear que haría de las obras, de su fijar los ojos en el índice, de su leer algunas páginas de la introducción, de dirigir su atención hacia tal o cual obra recomendada por un amigo. En su anhelo de servir, esta Sección buscará, en el futuro, la colaboración de reseñadores capaces de otros países latinoamericanos y para lograrla espera que los interesados en obtener comentarios para sus libros envíen dos ejemplares del libro por reseñar, precisamente a la Sección Bibliográfica de la *Revista Mexicana de Sociología*. Instituto de Investigaciones Sociales. Torre de Humanidades. 5º Piso. C.U., México. Con la colaboración de editores, autores y comentaristas se espera, así, lograr que la Sección Bibliográfica sea un instrumento de trabajo para los interesados en las ciencias sociales en Latinoamérica.

matemática; se percataron de que, sin ser cultivadores de la Economía, una a manera de nostalgia de los rigores de esa ciencia, podría serles útil para cientificar la suya; vieron que, sin un conocimiento así fuese superficial de la Etnología, corrían el riesgo de considerar como universalmente vigentes, formas socio-culturales que son estricta y estrechamente propias de la cultura europea. Y fue, quizás, sobre todo, por este rumbo por el que llegaron a vislumbrar las posibilidades del método comparativo. Sin embargo, también quizás haya sido por este rumbo por el que llegaron a captar si no sus limitaciones sí sus dificultades. Aunque la Lingüística Comparada, la Filología, madre de muchos de estos empeños, desde su campo más específico, pudo también mostrárselos, ya que en ellas, la comparación ha sido fructífera cuando las lenguas que se comparan son próximas, mientras que conduce a desvaríos cuando son remotas (las famosas comparaciones entre el Náhuatl y el Sánscrito). Comparar instituciones de culturas muy diversas, en las primeras etapas, resultaría riesgoso, aventurado, poco confiable; era indispensable, limitar la ambición y comparar solamente instituciones de culturas muy próximas, muy semejantes y, más aún, comparar instituciones, manifestaciones de diferentes momentos del desarrollo de un mismo ámbito socio-cultural. En este sentido, la comparación diacrónica parecía tener y parece que debe seguir teniendo, precedencia sobre la sincrónica. Pero, para este tipo de comparación, se necesitan, como materiales básicos, los de la Historia. Es así como los sociólogos están empezando a descubrir una laguna más de su preparación —que, seguramente, se apresurarán a llenar— y es ésta, también, la manera en que los historiadores —en la convergencia— tras acumular materiales sobre situaciones aparentemente únicas e irrepetibles, han develado aspectos repetitivos, patrones de comportamiento; con lo cual, se avecinan a la Sociología. Es

esto lo que ha hecho, de un modo mucho más consciente que otros, George Rudé, de la Universidad de Adelaida quien se nos presenta sólo como historiador pero es, al mismo tiempo, uno de los pocos cultivadores de disciplina distinta de la sociológica que rinde homenaje a la Sociología (pues es más frecuente que el sociólogo haya de pagar tributo a los cultivadores de otras ciencias). Su obra, del mayor interés histórico y sociológico, entra sin esfuerzo, por propio derecho, en la Serie de Ensayos sobre Historia Comparada que edita, en la casa Wiley, Norman F. Cantor.

Rudé ha elegido manifestaciones sociales que se dan en un ámbito cultural: en el europeo, y más concretamente, en Francia e Inglaterra. Si hubiese tomado sólo a uno de estos países y no a ambos —puede pensarse— habría reducido el ámbito de la variabilidad. Ello es indudable; pero hubiese caído en monotonía. Y la monotonía es mal estimulante de los descubrimientos. La Lingüística Comparativa lo sabe: las afinidades entre las lenguas de determinado grupo eran tan evidentes que nunca estimularon su nacimiento como disciplina; las afinidades entre otras lenguas eran tan poco claras que, por el otro extremo, la desestimularon; se necesitó un punto intermedio, en el que había variabilidad, pero no extrema, para que naciese la comparación y de ella se obtuviese el fruto. La extrema variabilidad —en el estudio de Rudé— no se redujo por eliminación de un país a expensas de otro sino por el de la delimitación temporal. Francia e Inglaterra marcan el cerco espacial, 1730 y 1848 determinan la valla temporal. El resultado de ello: dos países situados en el inicio del industrialismo. En este marco, el fenómeno elegido por Rudé —la multitud— tiene sentido. Su comparación se encaminará, entonces, a mostrar la composición, los motivos, los patrones de comportamiento, los resultados obtenidos por las multitudes pre-industriales. Mucho menos histórico,

mucho más arduo, mucho más dentro del campo de la Sociología estricta, estaría estudiar la gran variedad de manifestaciones de los fenómenos multitudinarios en la época industrial. Tratar de hacerlo en relación con multitudes pre-industriales también, pero muy alejadas de las primeras convulsiones del industrialismo sería —casi, aunque referida a épocas históricas— labor de prehistoriador social.

La multitud, que ha sido poco estudiada por el sociólogo con su ponderado método comparativo, no ha dejado de ser estudiada tanto por el sociólogo como por el psicólogo. La falta de esa directriz metódica precisa permite que —con todo— pueda afirmarse que la multitud ha sido un fenómeno descuidado —si no totalmente olvidado— por los estudiosos. Si Le Bon asoció su nombre, en forma indisoluble, al estudio de las multitudes, no lo hizo en forma permanentemente útil para la Sociología. Más preocupado —como señala Rudé— por los estados mentales que por los fenómenos físicos, sus reflexiones hicieron del término algo ampliamente inclusivo. Un estudio de la multitud, en nuestros días, debe —para ser fructífero— considerarlos de un modo más exclusivo, como grupo de “contacto directo” que excluye: las reuniones ceremoniales y procesionales (más cristalizadas en su comportamiento), los conjuntos de mirones y, quizás, incluso —para estas finalidades— las estampidas históricas producidas por la “invasión marciana” de Welles.

1730-1848 es un período que, en Francia e Inglaterra, representa el tránsito hacia la nueva sociedad industrial, en la que aparecen nuevas poblaciones fabriles, ferrocarriles, sindicatos estables, movimientos laborales, ideas socialistas. En el período, se producen abundantes manifestaciones multitudinarias. Entre ellas, se cuentan: los disturbios rurales franceses e ingleses del siglo XVIII, los ciudadanos del siglo, las disputas laborales inglesas, el luddismo; los disturbios políticos, fru-

mentarios y laborales relacionados con la Revolución del '89 en Francia; las manifestaciones inglesas de “Iglesia y Rey” del “Capitán Swing”, de “Las Hijas de Rebeca”, la Revolución de '48 en Francia, el Cartismo. Son —como señala Rudé— los disturbios populares típicos de una etapa pre-industrial, en cuya base es más frecuente que se halle el descontento alimenticio que la huelga del futuro industrial o el milenarismo de las *jacqueries* pasadas. Lo cual no impide reconocer que disturbios o zafarranchos de este tipo los hay hoy, y que huelgas como las de hoy, las hubo anteriormente. El disturbio es —para Rudé— “la forma característica de protesta popular que, en ocasiones, se convierte en rebelión y revolución”. En ella participan, en mezcla, los órdenes menores o pueblo bajo, en bandas itinerantes “capitaneadas”. Los inflaman: los recuerdos de derechos consuetudinarios, la nostalgia de pasadas utopías, las quejas por la situación actual, las esperanzas de mejoramiento material.

Movimientos análogos, pero no idénticos a éstos, para el período industrial, han sido estudiados por los Webb, por Cole, por Duvieu, por Sée, por Dolláns. Estos movimientos, lo han sido por los Hammonds, Jaurès, Lefebvre, con rigor. Otros, en cambio han adoptado enfoques estereotipados: han sido Thompson, Tarlé, Lavasseur (que hablan de “clases trabajadoras”), Michellet (que, lleno de simpatía, adscribe todo “al pueblo”) de conservadores (que se obstinan en hablar de “la canalla”, “la peluza”, “la multitud porcina” de Burke)). El psicólogo social frecuentemente cae en calificaciones de este tipo, porque sus materiales se los proporcionan los “linchamientos”, los “pánicos colectivos”. El sociólogo, si bien más ecuánime, en su propensión clasificatoria, tiende a perder de vista la tierra común que nutre a diferentes manifestaciones. El historiador puede contribuir —de acuerdo con Rudé— a una revisión.

Lo más grato del trabajo de Rude es

que tiene un método, y que lo pone en evidencia, para beneficio del lector tanto como con el fin de someterse a la crítica. Para escapar de las visiones estereotípicas de la multitud —dice— es indispensable hacerse y responder varias preguntas:

- 1.1.—¿Qué pasó en realidad?
  - 1.1.1.—en relación con el acontecimiento,
  - 1.1.2.—respecto de sus orígenes,
  - 1.1.3.—en relación con su secuela.
- 1.2.—¿Qué magnitud tuvo la multitud?
- 1.3.—¿Cómo actuó?
- 1.4.—¿Quiénes fueron los participantes?
 

Los "rostros en la multitud" de Assa Briggs.

  - 1.4.1.—Como promotores,
  - 1.4.2.—Como componentes,
  - 1.4.3.—Como conductores.
- 1.5.—¿Cuál fue su blanco?
  - 1.5.1.—Sus fines,
  - 1.5.2.—Sus motivos,
  - 1.5.3.—Sus ideas.
- 1.6.—¿Qué tan efectiva fue la represión?
- 1.7.—¿Cuáles fueron las consecuencias?
- 1.8.—¿Cuál su significación histórica?

Para responder a estas preguntas, Rudé, como historiador, piensa recurrir sobre todo a fuentes documentales. El sociólogo y el antropólogo, más hechos al intercambio directo con informantes, suelen sentir poca afinidad o incluso repugnancia por tales tipos de fuente ("archivos, papeles más o menos polvosos y todo lo demás"), a no ser que se dé el caso de México, en donde la presencia de un historiador en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales (el Prof. Bosch García) haya puesto en voga la técnica de trabajo documental, aunque, por desgracia no haya sido suficiente para introducir con debida amplitud la cultura histórica. Memorias, correspondencia, folletos, pe-

riódicos, informes parlamentarios, registros policíacos, de hospitales y tribunales, peticiones, registros notariales, inventarios, registros parroquiales, son algunos de los documentos citados y utilizados por Rudé, como fuentes gracias a las que es posible responder a las preguntas por él mismo abiertas. Gracias a esos materiales, tanto como a los marcos generales del relato histórico —genérico y no específico— de los acontecimientos multitudinarios, Rudé muestra los aspectos particulares de cada acontecimiento multitudinario; y hace el análisis y la comparación entre ellos.

De ese análisis; de esa comparación de materiales muy ricos y del más alto interés, Rudé extrae conclusiones asimismo interesantes.

La naturaleza de los disturbios y las actividades de la multitud están conectados con la composición social y ocupacional de la misma y, en este sentido, debe desecharse la falacia de considerar que toda multitud revolucionaria está compuesta de vagos, criminales y desechos sociales. La multitud, en sí, no tiene tal composición. Los disturbios que provoca —en cambio— sí pueden propiciar la aparición o el recrudecimiento de actividades socialmente condenadas. Asimismo es frecuente que, como resultado de los acontecimientos multitudinarios sean liberados, junto con los presos políticos, los delincuentes comunes detenidos en prisión. La multitud, en cambio, tiende a reflejar los patrones de la sociedad pre-industrial, pero está constituida básicamente por los órdenes inferiores, a los que ocasionalmente se mezclan ciudadanos "of the better sort". Esto significa, también, que, de acuerdo con los estudios de Rudé: sólo ocasionalmente predominan los asalariados (en la Revolución de '89); que las mujeres aparecen en forma relevante en los disturbios por escasez o carestía de los alimentos; que en ocasiones, los jóvenes son más activos (especialmente en los aspectos destructivos, quizás porque son éstas de las pocas ocasiones en que un

grupo extenso aprueba esas formas de canalización de su agresividad). Pero existe también la tendencia —mucho más interesante— de ciertas ocupaciones, en ciertos períodos y países, a ser radicales, revoltosas o revolucionarias: los mineros españoles cóntricos, los tejedores de la Comarca Occidental, los mineros ingleses del carbón, los pescadores franceses (que sufrían tasas injustas de desempleo), los leñadores suecos, los conductores de ovejas en Australia, los zapateros remendones vieneses. Es obvio que un estudio más particularizado, más detallado y conjunto de las condiciones de vida de todos estos grupos podría dar una de las claves para descubrir precisamente las fuentes del descontento social. El problema de los “rostros de la muchedumbre” tiene que resolverse también en términos de determinar quiénes y cuántos son militantes y activistas y cuántos y de qué tipo son los que resultan elementos meramente pasivos, así como también tiene que ponerse en términos de hasta qué punto una minoría de participantes activos goza de las simpatías de una mayoría pasiva.

Los prejuicios de los estudiosos explican el que a la multitud se le atribuyan creencias y motivos de acción. Hay quienes piensan que sólo le sirve de acicate un “vulgar materialismo” (*émeute de la faim*), hay quienes consideran que los agentes gemelos de toda rebelión son el cohecho y la conspiración, mientras, en el otro extremo, hay también quien considera que la multitud es altruísta, idealista, que se mueve por los más altos valores. Rudé ataca estas sobresimplificaciones; acepta que la multitud, en la historia, ha probado que se mueve porque tiene hambre o miedo, porque tiene quejas sociales, porque busca una reforma inmediata o un milenio, porque trata de destruir a un enemigo o de entronizar a un héroe, pero que, en raras ocasiones lo hace por una sola de estas razones. Los motivos, además, varían para los diversos componentes (individuos o grupos) participantes, y varían, se modi-

fican, en el desarrollo de las acciones. Aun frente a la dicotomía que trata de establecerse entre creencias y motivos dominantes de carácter económico y de carácter político, Rudé asienta: “no argüimos que los factores económicos a corto plazo eclipsen a todos los demás y que todos los movimientos populares de este período —incluso movimientos políticamente orientados como los de la Revolución Francesa— sean realmente disturbios alimenticios disfrazados, pues incluso antes de 1789, las ideas políticas de los *parlements* en París, desempeñaron su parte en los disturbios populares.” Hay creencias y motivos importantes en toda manifestación multitudinaria de éstas, aunque algunos suelen desempeñar un papel un tanto equívoco “ya que fácilmente pueden uncirse a una causa radical tanto como a una anti-radical”; como que los campesinos de la vendée reaccionaron en contra del París revolucionario a causa de que su odio por la burguesía urbana era mayor que el que sentían por el terrateniente local. El estudio de Rudé, incluso tras haberse constreñido a un período relativamente corto de la historia de Francia e Inglaterra—, muestra que los móviles de las acciones multitudinarias pueden tener una grandísima variedad.

Los patrones de disturbio y el comportamiento de las multitudes en la etapa preindustrial muestran, como elementos comunes: la acción directa, la imposición de cierta forma de justicia “natural” elemental, la simpatía y antipatía populares más por los héroes y villanos que por las causas e instituciones. Como patrones tradicionales, revelan: principio aparentemente insignificante, rápida ganancia de impulso, clímax, conclusión, papel importante de un elemento fortuito que suele hacer de una demostración pacífica un zafarrancho, especialmente donde los órdenes inferiores carecen de medios pacíficos de agitación. Sin embargo, existe, en estos acontecimientos, una dialéctica, y lo que en veces parece fortuito es, en reali-

dad, resultado de provocaciones (acciones de la Corte frente a las insurrecciones francesas del '89) que disparan un arma suficientemente cargada.

El papel de los dirigentes parece ser —a partir del estudio histórico— muy variado, y sus orígenes sociales, así como sus personalidades, también. Probablemente esto no extraña a quien sabe de la existencia, por ejemplo, de una estadística “de los pequeños”, frente a una “de los grandes números”. Con todo, incluso en los estudios de jefatura es posible una tipificación, y Rudé la intenta en este sentido, cuando habla de dirigentes que operan desde fuera de la multitud, de los que salen de ella y de los que actúan como intermediarios. Y, para sorpresa de los que aspiran en nuestros días a dirigentes y que actúan en forma enteramente opuesta, la observación muestra que éstos “lejos de ejercer una ‘autoridad muy despótica’ se mostraban renuentes más que entusiasmados y que incluso renunciaban a la jefatura que se echaba sobre sus espaldas”. Asimismo, puede extrañar la constatación de que la comunicación entre los dirigentes supremos y sus seguidores en muy raras ocasiones era directa. Jefes los hubo, también, diferentes, en cuanto al ámbito de su autoridad: unos la ejercieron puramente local, en forma puramente temporal, e incluso los hubo sólo para un momento.

Contra lo afirmado por muchos autores, su estudio revela a Rudé, que la multitud pre-industrial no era notable por su volubilidad o su irracionalidad; que, por el contrario, si algo la caracterizó fue la tenacidad con que se entregó a destruir metódicamente la propiedad. “La destrucción de la propiedad —dice— es el rasgo constante de la multitud preindustrial, no la destrucción de vidas humanas, asociado con las jacqueries, las revueltas de esclavos, las rebeliones campesinas, los disturbios raciales)” Y, hay más, pues afirma que “Es la autoridad, más que la multitud la que se hizo notable por su violencia en relación con las vidas humanas”.

En el recuento, Rudé encuentra que, en términos de ganancias inmediatas, las multitudes lograron poco; pero que, a pesar de estos fracasos la multitud tuvo, a la larga, éxito, y sus acciones, influencia —en veces profunda y extensa— sobre la vida nacional. Encuentra también que los éxitos tempranos dependen del volumen multitudinario y, cuando éste falta, de la rapidez de movimiento, de la iniciativa, de la utilización de ventajas que ofrece la geografía. En veces no es la concentración, sino la dispersión de estallidos simultáneos lo que asegura el éxito de las multitudes. Y si bien parecería que la simpatía o antipatía de las fuerzas armadas al servicio del gobierno pudiera ser factor clave del éxito o el fracaso de la multitud, parece que resultaría más interesante determinar la razón por la cual el ejército otorga o niega su lealtad al gobierno. La deslealtad del ejército al gobierno en un momento dado se debe a que, conforme asienta Rudé “los lazos de clase o de afiliación política llegan a ser, en ese momento, más fuertes que la lealtad al orden establecido por el gobierno”. Se trata, en el fondo, como es fácil comprender, de uno de esos conflictos de lealtades que de latentes que eran, se hacen, en determinado momento, patentes, y precipitan los acontecimientos.

Seguir de cerca este estudio de George Rudé sobre “Crowds in History” es del mayor interés: para el estudioso, por su limpio delineado metodológico; para el lector en general, por una riqueza de informaciones que no ahoga al lector, que fecunda su conocimiento y su comprensión de los fenómenos sociales.

#### LIBROS SOBRE EL ESCRITORIO

La pregunta sobre “¿Qué es la Sociología?” sigue teniendo vigencia en nuestros días, como lo demuestra el planteamiento que del problema hace Orlando Albornoz en un libro<sup>1</sup> que recoge, a más

<sup>1</sup> Orlando Albornoz: ¿Qué es la Sociología?

del ensayo que le sirve de título, otros que distinguen y relacionan la labor de sociólogos y antropólogos; que hablan del del estudio y la enseñanza de la disciplina en general, y se refieren a la práctica venezolana; que marcan a la enseñanza y el aprendizaje una orientación nacional; que la ponen al servicio de un análisis de la realidad de Venezuela; que la vinculan con el desarrollo y la realidad de Venezuela; que la relacionan con el desarrollo y la reforma sociales; que destacan la figura de un "Sociólogo militante" como Wright Mills. Para resolver el problema, se necesitará de todos los elementos aportados en esos ensayos que hablan, fundamentalmente, de actualidades sociológicas y apremios socio-políticos; pero se necesitará, también, recurrir a las aportaciones de los sociólogos del pasado: a las brindadas por un Max Weber a quien se ha recordado en su centenario<sup>2</sup> y cuyas hipótesis y tesis se han sujetado a examen, se han justipreciado, se han revisado con debida ecuanimidad puesto que ni echa por la borda lo pasado simplemente por serlo ni lo sacraliza y convierte en obstáculo para el avance de la ciencia. Como Weber, aunque en niveles y latitudes diferentes, Henry Charles Carey<sup>3</sup> contribuyó al desarrollo sociológico con sus enfoques empíricos de la sociedad; en él vieron muchos más un economista que un sociólogo y un reformador social; pero sus aportaciones a una disciplina que, como la socio-

lógica, no acaba de conformarse debidamente, no carecen de importancia, ya que la idea de la división social del trabajo aparece en él antes que en Durkheim, y según se dice, el propio gran maestro de la Sociología reconoció, aunque en forma indeterminada, su deuda para este protosociólogo, irlandés de origen, figura transicional en la historia de las ciencias sociales estadounidenses. Al lado de ellos, Pitirim A. Sorokin<sup>4</sup> sintetizador de múltiples corrientes, sistematizador de variados conceptos, investigador de muchas nuevas facetas, merece, indudablemente, el reconocimiento de quienes, empeñados en la común tarea de constituir la Sociología, han hecho en Europa y en América un esfuerzo por presentar una valoración colectiva de su obra. En forma parecida, merece atento y mesurado examen una corriente que, como el darwinismo social, sigue cargando —como muchas otras corrientes y doctrinas que tratan de desembarcar en teoría sociológica aunque no lo logren— su ganga ideológica. El darwinismo social tuvo mucha influencia en el pensamiento estadounidense<sup>5</sup> que tan amplia resonancia ha logrado en los ambientes sociológicos actuales, y si es criticable desde muchos ángulos, desde algunos al menos, debe observarse cuidadosamente y sin precipitaciones.

En la difícil tarea de definir lo sociológico, es fácil caer en la tentación de creer que lo social se manifiesta únicamente en los colectivos de individuos; se

y otros ensayos. Universidad Central de Venezuela: Organización de Bienestar Estudiantil. Caracas, Venezuela, 1964, pp. 172.

<sup>2</sup> Max Weber zum Gedächtnis. *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Social psychologie* herausgegeben von René Köning, 1963 — Sonderheft F. Herausgegeben von René Köning und Johannes Winckelmann. Westdeutscher Verlag. Köln und Opladen. Materialien und Dokumente zur Bewertung von Werk und Persönlichkeit.

<sup>3</sup> Arnold W. Green: Henry Charles Carey, *Nineteenth Century Sociologist*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1951, página 218.

<sup>4</sup> Phillip J. Allen (Edited by): Pitirim A. Sorokin in Review. *The American Sociological Forum*. Duke University Press. Durham. N. S., 1963 Contributors: Aderle, Barber, Carlsson, Cowell, Ford, Gini, Inkeless, Mendieta y Núñez, Merton, Moore, Munshi, Riley, Timashev, Toynebe, Vexliard.

<sup>5</sup> Richard Hofstadter: *Social Darwinism in American Thought (1860-1915)*. University of Pennsylvania Press. Philadelphia. Oxford University Press, Humphrey Milford. London, 1945, pp. 191. Prepared and published under the Direction of the American Historical Association.

da, así, con los huesos, en una sociología atomística, y se da cabida a la creencia de que el único método para estudiar sociología es el estadístico. Contra esos errores, nada mejor que reivindicar el sitio de la "persona",<sup>6</sup> del ser humano personalizado, del individuo que gracias a su participación no sólo pasiva sino también activa en la vida social, sube un escalón en la jerarquía de los seres, convirtiéndose —gracias a ello— en auténticamente humano. Como que la sociedad se refleja en la persona a la que moldea en la misma forma en que la persona —complementariamente— proyecta su unicidad en una sociedad que, gracias a esas proyecciones de múltiples personalidades, se enriquece. Como que hay un juego de influencias creadoras (y también de otras, frustradoras) entre la sociedad y el individuo; gracias a unas y a causa de las otras, la sociedad llega a ser personalizada, y el individuo llega a socializarse auténticamente, o —por el otro extremo— debido a unas u otras, ni sociedad ni individuo llegan a adquirir tales características complementarias estableciéndose entre ellos un hiato dramático. Cuando la sociedad no logra socializar a sus individuos (y en el fondo, en tales casos no hay sociedad sino pura colectividad humana) el comportamiento de éstos llega a ser desviado y se manifiesta en múltiples formas delincuenciales. criminales, de prejuicio, de discriminación<sup>7</sup> que es necesario estudiar y combatir en el ámbito interno y en el internacional, para lo cual no debe dudarse en experimentar con formas innovadoras de enfoque y de trata-

miento como la llamada "Psycholex"<sup>8</sup> si se piensa que de su uso puede derivar algún bien para los hombres en particular y para la humanidad en general. En forma complementaria —mucho menos estudiada— cuando la sociedad frustra a a las personalidades creadoras, cuando les impide manifestarse debidamente, el daño es igualmente grande, aunque sea de diferente signo.

De personas y de relaciones interpersonales debiera ocuparse casi exclusivamente la Sociología. De ser su campo el de las puras relaciones entre individuos humanos, carentes de personalidad, quedaría reducida, como ha indicado Djâcir Menezes<sup>9</sup> a una especie de zoología. Quedaría degradada —en el proceso— antes de convertirse, un momento después, en pura mecánica humana que hablaría de atracciones, choques, repulsiones entre "cuerpos" humanos. Y cabe decir que siempre que la Sociología encuentra entre los hombres —al investigar la realidad— esas formas degradadas de relación, puede hablar, con derecho, con justicia, de una Sociopatología.

La Sociología, que no tendría que ocuparse sino de relaciones interpersonales, de por sí no tiene que ocuparse con lo material, con ese sector al que los antropólogos denominan "cultura material". En este sentido, ciertos trabajos puramente etnográficos, referidos a la tecnología de los que Murdock denominó "nuestros contemporáneos primitivos" no tendrían por qué tratarse en una revista de vocación sociológica; sin embargo, los mismos tienen interés en ella en el grado y medida en que, cristalizada ya dicha cultura, o en proceso de fluir y de transformarse por los contactos y las innovaciones, la misma ha dado, y da y

<sup>6</sup> Antonio Aróstegui: *La Persona. II. Estudio Social y Religioso*. Instituto Nacional de Enseñanza Media. Ceuta, 1963, pp. 167.

<sup>7</sup> Marshall B. Clinard: *Sociology of Deviant Behavior*, Holt, Rinehart and Winston, Inc. New York —Chicago— San Francisco-Toronto-London, 1964, pp. 698. Otto Pollak: *The Criminality of Women*: University of Pennsylvania Press. Philadelphia, 1950, página 180.

<sup>8</sup> Paul Shepard: *Psycholex. Book I. International. Book II. Criminal*. Megwa. New York, 4, N. Y., 1960, p. 171.

<sup>9</sup> Djâcir Menezes: "Sociología y Zoología Social". Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*.



puede seguir dando lugar a relaciones interhumanas, o en el grado y medida en que la misma puede ser prueba de que se dieron dichas relaciones interhumanas; en el grado en que la misma o las propicia o las daña. De ahí que, muchas veces, para el sociólogo, tengan mayor interés las páginas introductorias de un informe etnográfico (en las que se habla de las relaciones entre el investigador y sus informantes) que el mismo cuerpo del estudio si éste no contiene referencias concretas a los procesos de cooperación, de jefatura, de conflicto, de quienes participan en las labores tecnológicas.<sup>10</sup>

La omnipresente preocupación por lo que es medularmente sociológico obliga incluso a revisar ciertas denominaciones. De ahí que parezca, en veces, más conveniente hablar de la "Sociología de la Vida Rural" al referirse a una disciplina a la que T. Lynn Smith ha dado importantísimas aportaciones<sup>11</sup> que de la "Sociología Rural", en cuanto la primera denominación apunta al hombre, mientras la segunda parece hablar de una Sociología que, absurdamente, se ocuparía de las cosas del campo, o de una disciplina que, anfibológicamente, podría interpretarse como una sociología que sería *rural* por la manera ("rústica" quizás) en la que enfocaría las relaciones interpersonales. La referencia inmediata es, nuevamente, material: son el campo y sus productos; pero, la referencia sociológica inmediata, auténtica, válida, la constituyen las relaciones humanas, que se traban en relación con esas cosas y productos del campo. Y, tanto como esas relaciones, importan a esa rama de la sociología los

cambios en las relaciones mismas. Los cambios interesan al sociólogo —si se producen en lo puramente agrario— sólo si repercuten en las relaciones de los habitantes del campo (entre sí y con quienes no viven en él) y sólo en el grado en que ellas repercutan. Le preocupan los cambios en lo agrícola en cuanto afectan directamente tales relaciones que, a su vez, repercuten en el mayor o menor rendimiento agrícola (que, por este otro extremo tiene que atraer la atención del economista). Como del desarrollo mismo, debiera poder decirse de la Reforma Agraria que no puede haberla si no está contextualizada por el amplio marco de lo mundial: pero, en tanto la situación mundial no cambie, el más amplio de los marcos adoptables por la reforma agraria tiene que seguir siendo, por desgracia —mal menor, mayor bien asequible— nacional<sup>12</sup>. Se trata del logro de uno de tantos equilibrios dinámicos parciales que esperan poder integrarse en un equilibrio dinámico total.

La Reforma Agraria parece ser, fundamentalmente, problema de países subdesarrollados; pero, en el fondo, es apremiante problema mundial. Del éxito o del fracaso de la Reforma Agraria —en cuanto modificación de las relaciones humanas que se traban en referencia a la explotación y tenencia de la tierra— tanto como de la introducción de mejoras técnicas, del aumento de la productividad, del establecimiento de adecuados y justos términos de intercambio comercial internacional, dependerá la determinación precisa de "cuántos son los seres humanos a los que la tierra podrá alimentar".<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Frank M. Le Bar: *The Material Culture of Truk*. Yale University Publications in Anthropology. New Haven. Published by the Department of Anthropology. Yale University, 1964, pp. 185.

<sup>11</sup> T. Lynn Smith: *Sociología Rural*. Universidad de Zulia. Facultad de Agronomía. Maracaibo-Venezuela. Diciembre de 1963, página 148.

<sup>12</sup> José Picchetti: *Hacia una Reforma Agraria con Sentido Nacional*. Mención especial en el concurso sobre Reforma Agraria realizado por la Federación Agraria Argentina de Rosario, en Septiembre, 1962. Editora Social Agraria, Buenos Aires, 1962.

<sup>13</sup> K. Malin: *How many the Earth will feed?* Progress Publishers, Moscow. Trans-

Esa determinación, con todo, deberá hacerse sólo tras haber respondido a interrogantes como las siguientes: ¿es posible afirmar, o no, sin mayor examen, que un gran volumen de población representa de por sí, sin más, en términos absolutos, pobreza? ¿no se trata, más bien, de que la pobreza es síntoma de sobrepoblación, sea que en términos absolutos sean muchos o pocos los pobladores de un territorio, si hay desequilibrio entre la población y los recursos? Porque si hay aumento de población, pero ésta mantiene sus niveles de vida o incluso los supera, *no* puede hablarse de sobrepoblación. Existe, en efecto, por lo menos un caso en que, en un ambiente limitado, y como producto de situaciones internacionales lamentables, se ha sometido a prueba la teoría de que los  *aumentos* de población significan, sin más ni más, pobreza: es el caso de los refugiados en Alemania Occidental, a quienes se les considera, es cierto, como una carga; pero que también ha representado un reto y un estímulo para la economía de la propia Alemania Occidental.<sup>14</sup>

Sin mucho peligro de errar puede decir se que la “sobrepoblación” de ciertas áreas, entendida como desequilibrio entre la población y sus necesidades —por una parte— y el territorio y los satisfactores que puede proporcionar —por otra— resulta un problema insoluble en tanto persistan las condiciones políticas y económicas internacionales que prevalecen; si trata de resolverse dentro de los marcos impuestos por ciertos prejuicios ideológicos. A la definición ideológica de “sobrepoblación”

(que algunos países dan en relación con otros) bien podrían oponer éstos una definición complementaria: la de “sobreenriquecimiento”. Para “sobreenriquecerse” (por excedencia de los satisfactores en relación con las necesidades) ciertos países no pueden permitir que otros se empobrezcan por debajo de determinados niveles, pues ello los inhabilitaría como compradores y, por ello, recomiendan evitar la sobrepoblación; pero asimismo, les conviene evitar que el crecimiento de población y su mejoramiento cualitativo pueda convertir a esos países en productores capaces de competir con ellos, en el grado en que esto iría en detrimento de su sobreenriquecimiento. La solución al problema, que en estos términos es posible sólo dentro de las definiciones ideológicas de los segundos. Si los problemas del crecimiento de la población en ciertas áreas del mundo, del bajo poder de compra en esas mismas áreas, de la sobreproducción de otras áreas, quieren resolverse, la actual estructura económica y política del mundo *no* puede subsistir; tiene que modificarse. El problema no puede plantearse ya en los puros términos de la sobrepoblación de un país en relación con los recursos de su territorio, sino en los términos más amplios de una población mundial que vive en un planeta en el que los recursos son escasos. El que hasta ahora se plantea esencialmente como problema político tendrá que plantearse, en el futuro, en términos más humanos, como problema  *económico y técnico*, cuando se hayan removido los obstáculos políticos que se oponen a dicho planteamiento. Desde un ángulo técnico lo plantea Malin, quien habla: de incrementar la capacidad agrícola; de poner en cultivo tierras que permanecen sin cultivar; de explotar los recursos potenciales del mar; de desarrollar alimentos sintéticos; de utilizar fuentes de energía no utilizadas o insuficientemente empleadas (como la solar y la fluvial). Si Malin no deja de recurrir a un cierto optimismo exagerado al referirse a un futuro de abun-

lated from the Russian by Ivanov-Mumjiev, pp. 139.

<sup>14</sup> Friedrich Edling: *The Refugees as a Burden a Stimulus and a Challenge to the West German Economy*. With a preface by Prof. Edgar Salin. University of Basle. Publications of the Research Group for European Migration Problems. Executive Editor: G. Beiejr. Martinus Nijhoff. The Hague, 1951, pp. 53.

dancia, sí sabe abrir la puerta a una esperanza que, de no existir, justificaría el suicidio colectivo de la Humanidad.

El que los problemas del crecimiento de la población y los del desarrollo económico son —mas aún si ligados— de actualidad, lo demuestra el hecho de que la Universidad Nacional Autónoma de México haya patrocinado una Mesa Redonda para su estudio. El problema es particularmente angustioso para los países subdesarrollados o en proceso de desarrollo. Estos deben considerar hasta qué punto les conviene *aumentar* el número de productores disponibles (dentro de un proceso de sustituibilidad de factores productivos, en un ambiente en que la mano de obra excedente puede cubrir las lagunas de un déficit de capitales), y —consecuentemente— de productores que, simultáneamente serán consumidores, y hasta qué punto les convendría frenar el crecimiento en el número de consumidores que potencialmente pueden llegar a ser productores, o cómo habrá que modificar la relación entre el consumo y la producción a modo de que el aumento de población repercuta en un incremento o —al menos— en un equilibrio entre la producción y el consumo.

En un mundo cada vez más interdependiente, como el de nuestros días, los problemas de estos países subdesarrollados o en vías de desarrollo no les pueden ser ajenos a los países desarrollados. Estos tienen que considerarlos, no sólo por la solidaridad humana o por la simpatía que sientan hacia los esfuerzos que hacen los subdesarrollados por superarse, sino también por las repercusiones que en ellos tiene la existencia de tales condiciones infrahumanas de vida, a causa de la transmisión mundial propiciada por el comercio internacional. Esto explica el que los europeos se planteen, en forma creciente, el problema de los países subdesarrollados y lo que éstos representan para los desarrollados;<sup>15</sup> ello explica, por ejemplo,

<sup>15</sup> Richard F. Behrendt (Herausgegeben

el que los rusos traten también de determinar cuáles son las relaciones que privan entre los países subdesarrollados y los países del occidente europeo;<sup>16</sup> el que Europa trate de explorar cuál es la imagen que de ella se forman otros pueblos, especialmente los asiáticos, africanos, latinoamericanos (subdesarrollados a los que Víctor Alba denomina “sub-americanos”<sup>17</sup> con una denominación dolorosísima que muestra toda la injusticia que prevalece dentro de nuestro continente).

Pero, de ahí también que, en Europa, en centros de alta cultura como los de París, exista la preocupación por estudiar más a fondo cuáles son las estructuras sociales y las instituciones políticas<sup>18</sup> de una porción del mundo subdesarrollado —la latinoamericana— que, indudablemente, tiene mayor experiencia que otras por-

von): Die Wirtschaftlich und Gesellschaftlich Unterentwickelten Länder und Wir, Stellungnahmen aus Wissenschaft und Praxis. Vorträge und Diskussionen eines Kolloquiums und einer Wochenendtagung des Instituts für Soziologie und sozioökonomische Entwicklungsfragen an der Universität Bern, Verlag Paul Haupt Bern, 1961. Redaktionssekretär Dr. Paul Trappe. Berner Beiträge zur Soziologie. Herausgegeben von Prof. Dr. R. F. Behrendt (7). pp. 448. Europa-Gespräch, 1962. Europa in den Augen der anderen. Wiener Schriften. Verlag für Jugend und Volk, 1962, pp. 316.

<sup>16</sup> L. Fituni: Economically Underdeveloped Countries and the West. Translated from the Russian by G. Ivanov-Mumjiev. Progress Publishers, Moscow, pp. 84.

<sup>17</sup> Problemas del Desarrollo Económico y el Crecimiento de la Población. Síntesis de lo expresado en la Mesa Redonda Patrocinada por la Universidad Nacional Autónoma de México y por el Advertising Council, Inc., celebrada en agosto de 1963, en México, D. F., pp. 63.

<sup>18</sup> Jacques Lambert: Amérique Latine: Structures Sociales et Institutions Politiques. “Themis” Manuel Juridiques, Economiques et Politiques. Presses Universitaires de France, 1963. Collection dirigée par Maurice Duverger, p. 448.

ciones del mismo con respecto a los problemas que plantea la vida independiente; que tiene una historia más larga de luchas y de esfuerzo, en la que, si no todos han sido aciertos, tampoco han sido todos fracasos (como anteriormente pensaban europeos y angloamericanos) y en donde, por una parte, se tiene mayor conciencia de la injusticia de la situación y, por otra, se es más ecuánime para juzgarla, en cuanto que se reconocen mejor los obstáculos que, en la práctica, impiden una rápida superación de tales injusticias.

Una región es la latinoamericana, que tiene hondas raíces culturales, y que enfrenta problemas actuales agudos de interacción social y personalidad. Enfrenta problemas económicos que en parte dependen —en realidad unas veces, por definiciones ideológicas, otras— de que coexisten en un mismo continente dos porciones que han alcanzado desigual desarrollo: Latinoamérica y Angloamérica. Nuestra región presenta, así, situaciones de recambio con la otra porción americana, no sólo en el más amplio nivel internacional, sino en otros de mayor concreción humana, según ocurre con el caso de los braceros mexicanos<sup>19</sup> que, desempeñan un papel dinámico de enorme importancia en la sociedad mexicana y que son síntomas indudables de ciertas fallas en la organización y el desarrollo económico-social de México (en términos de equilibrio parcial dinámico) así como de fallas en la organización socioeconómica internacional (en términos de equilibrio dinámico total), en forma parecida a como el bracerismo español en Alemania no puede sino indicar fallas análogas, pues ni en una ni en otra situaciones se presenta la auténtica y justa complementaridad

<sup>19</sup> Richard H. Hancock: *The Role of the Bracero in the Economic and Cultural Dynamics of Mexico. A Case Study of Chihuahua*. Hispanic American Studies Stanford University. Hispanic American Society. Stanford, California, 1959, pp. 146.

socioeconómica internacional, sino una desigualdad y una explotación que los procesos independistas, detenidos en lo político, no han logrado liquidar.

La sociedad mexicana encara —según puede verse, por éste y por otros casos análogos— problemas económicos importantes; sin embargo, raíces suyas que se remontan al XVIII y más atrás<sup>20</sup> muestran el abolengo de su cultura, el reservorio de valores espirituales de los que seguramente tendrá que echar mano en el momento oportuno, para resolver no sólo problemas religiosos, filosóficos o políticos, sino problemas prácticos, de carácter económico y social que se le plantean en esta hora y en cuya solución tendrá que intervenir una imaginación sociológica que no ha dejado de manifestarse en el pasado; que podrá utilizar elementos extraños, pero que tendrá que combinarlos en formas nuevas apropiadas a su circunstancia, convirtiéndolas en auténticas innovaciones sin las que le es imposible sobrevivir. En esta difícil hora, el dilema que se plantea al mexicano es el de: o cambiar las formas de existencia para preservar las esencias nacionales o el de preservar las formas de existencia con sacrificio de sus esencias propias. Y para cambiar esas formas de existencia, necesita desarrollar al máximo sus capacidades creadoras, su facultad poética, que para servir socialmente deberá manifestarse más que en la factura de hermosos versos o de cuidada prosa, en el diseño de planes adecuados al logro de una mejor vida social.

El crecimiento demográfico que no marcha a compás con el crecimiento económico (pero en el que la imaginación sociológica podría encontrar no solo obstáculo sino vía de solución) inquieta también a los interesados en materia religiosa: tampoco marchan a compás población y nú-

<sup>20</sup> Bernabé Navarro: *Cultura Mexicana Moderna en el Siglo XVIII*. Facultad de Filosofía y Letras. Seminario de Historia de la Filosofía en México. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1964, pp. 230.

mero de sacerdotes en Latinoamérica.<sup>21</sup> Los servicios religiosos —en su decir— son insuficientes, no son eclesiológicamente buenos y —lo que es más importante para el sociólogo, el moralista, el político—, sólo en pocos casos coadyuvan al progreso espiritual y material de las poblaciones correspondientes. A pesar de todo esto, en Latinoamérica procede de lo religioso y no de una sólida conciencia política democrática un antimarxismo que el estudioso salvadoreño José Humberto Velásquez descubre en nuestro medio.<sup>22</sup> La situación tiene visos de paradójica: muchos intelectuales latinoamericanos piensan que el Cristianismo puede inspirar posturas tan progresistas como las que pregona el marxismo (y que puede competir con él) mientras que, paradójicamente, las masas, movidas por una repugnancia semejante, suelen aliarse con el reaccionarismo, para combatir al marxismo (en situación de conflicto) para preservar un Cristianismo que a menudo no comprenden o al que deforman, con lo cual acaban por renunciar (en cuanto tampoco descubren una salida distinta del marxismo) sus mismas posibilidades de mejoramiento. ¡Alto tributo pagado a una religión no comprendida ni practicada por las masas mismas que, en tales términos, parecerían merecer el título de "mártires" con mayor derecho que los devorados por las fieras en el Circo! Aun-

que su martirio se funde tan sólo en un equívoco y por ello quizás no sea auténtico martirio.

América Latina pasa por un proceso de cambio; un cambio que tiene que acelerarse. Tienden a ingresar, nuestros pueblos, en un mundo cuyas promesas son halagadoras; pero del que no parecen conocer los peligros. Sería necesario, en este sentido, que los latinoamericanos fuésemos capaces no sólo de dejarnos cegar por el espejismo del progreso, sino que reconociésemos la realidad del mismo (tanto en lo negativo como en lo positivo) ya que el avance económico, si bien suele elevar los niveles de vida, constituye sistemas mucho más frágiles que los antiguos; sistemas más sujetos que los anteriores, al grave peligro de las depresiones y de las crisis. En este sentido, cuanto se haga por constituir respaldos económicos, de carácter financiero, para el desarrollo<sup>23</sup> y cuantos medios preventivos y curativos (como la seguridad social) se introduzcan puedan considerarse benéficos para que una vez iniciado el avance, el mismo prosiga con firmeza, sin tropiezos, sin aumentar la inseguridad de las gentes. Porque de poco servirá el que los latinoamericanos modifiquen y modernicen sus estructuras económicas, sociales y políticas si esta modificación no les conduce, en última instancia, sino a experiencias que fueron dolorosas para los países europeos y para Estados Unidos de América y que, para ellos, pueden llegar a ser —a causa del nuevo contexto internacional— verdaderamente catastróficas.

El conocimiento —flanqueado de una prudencia y de una imaginación de raíz sociológica— tiene que reconocerse como factor básico para la apertura de nuevas vías en el desarrollo de Latinoamérica.

<sup>21</sup> Gustavo Pérez Ramírez e Yvan Labelle: *El Problema Sacerdotal en América Latina* (Centroamérica, Antillas Mayores, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay). Estudios Socio-Religiosos Latinoamericanos. Oficina Internacional de Investigaciones Sociales de Feres. Friburgo (Suiza) y Bogotá (Colombia) Centro de Investigaciones Sociales. Departamento Socio-Religioso. Bogotá (Colombia), 1964.

<sup>22</sup> José Humberto Velásquez: *Marxismo y Antimarxismo en América Latina*. Universidad de El Salvador. Facultad de Humanidades. San Salvador. El Salvador. Centro América, 1964, pp. 144.

<sup>23</sup> IICA-CIRA: *Seminario sobre el Financiamiento de la Reforma Agraria*. Panamá. República de Panamá. Mayo 25-30, 1964. (Sin numeración corrida).